

1985

Winston estaba en El Nogal, sentado en su mesa de siempre. El sabor de la ginebra sintética y el ruido incesante de la telepantalla era lo único que asimilaban sus embotados sentidos. Frente a él se encontraba el tablero de ajedrez, soltó el alfil en una casilla para sopesar el siguiente movimiento y se bebió el vaso de ginebra con la mano que le quedaba libre. En su cabeza solo veía los números y letras de las casillas del tablero, lo que le hizo recordar una idea que vino a su mente como traída del pasado:

“ $2 + 2 = \dots$ ”

Que más daba ya el resultado. Podía ser cualquiera o podría ser ninguno. Todo se había desmoronado para él en el momento en que traicionó a Julia. Toda una vida de preocupaciones y sinsentidos se veía reducida al final a una sola acción, una acción que marcaba la línea que lo separaba de su mismo ser.

Lo habían torturado físicamente para más tarde seguir con su mente y lo habían intentado con su espíritu, su espíritu! Y casi lo habían conseguido. Habían roto su cáscara, vaciado su interior y lo habían reconstruido moldeándolo a su antojo. Pero su espíritu... El espíritu es como la energía, ni se crea ni se destruye, simplemente existe.

Éste razonamiento lo había llevado de repente a una clara conclusión: todo había sido dispuesto para que sucediese así, desde el comienzo de la existencia del INGSOC se habían dispuesto las circunstancias para que tanto él como cualquier otro cayese en la trampa. En su desgarrado rostro se pudo ver esa emoción por un instante, no sabe si fue un ligero levantamiento de cejas o que abrió los ojos un poco más de lo normal. Él pensaba que ya no lo vigilaban pero pudo sentir como lo señalaban desde el otro lado de la telepantalla.

El camarero se acercó a rellenarle el vaso, como era habitual. Él lo apuro de un trago y sonrió por primera vez en mucho tiempo: “Él vencería”. Dejó el vaso sobre la mesa y mirando al frente dijo: “ $2 + 2 = 4$ ”.

No lo gritó, pero lo dijo suficientemente alto como para que la telepantalla lo registrase. Después se apoyó en el respaldo de la silla y esperó.

A los pocos instantes, la puerta abatible del local chocó con estruendo contra la pared. El hombre que la sujetaba llevaba un uniforme negro y tenía la cara de cera, aunque no era el mismo que conoció en el Ministerio del Amor.

Por fin había llegado el momento. Todo terminaba aquí.